LOS GARGANTUAS

DESDE que, gracias a Franco, la gente se muere de hambre en España, leemos que surgen allí, de vez en cuando, unos tremendos tragones que se atizan unas comidas descomunales. La gente los llama los "Gargantúas", como al insigne personaje rabelesiano, y son, por lo que se dice, individuos de un apetito realmente imperial. No hay, al parecer, pueblo español que no tenga su correspondiente Gargantúa, y de sus proezas digestivas nos informa periódicamente la prensa. Un día es un Gargantúa de estos que se come tres calderos de fabada asturiana, dos docenas de huevos duros, cuatro merluzas cortadas a rajas en salsa verde, medio cerdo al horno con patatas fritas, ocho pollos con tomate, cuatro barras de carne de membrillo, diez kilos de pan y una arroba de vino. A los pocos días se anuncia que otro Gargantúa ha despachado también un menú parecido, añadiéndole tan sólo un barreño de ensalada, cuatro bacalaos a la vizcaína y media barchilla de bellotas. Por lo regular, estos formidables comedores son hombres robustos, con una buena panza y un corpachón enorme —aunque no tanto como el auténtico Gargantúa de Rabalais, que necesitó, siendo niño, novecientas varas de tela para que le hicieran una camisa— y suelen ser hombretones dedicados a oficios rudos: carreteros, leñadores, herreros, etc., acostumbrados a ejercicios de esos que abren el apetito. Pero a veces aparecen también entre los Gargantúas unos personajes insignificantes, desmedrados, verdaderos alfeñiques, que tienen tanto saque como los hombretones, sin que nadie pueda explicarse dónde se meten tanta comida. El último Gargantúa de que nos informa la prensa es un joven zapatero de Caravaca (Murcia), un muchacho flaco que tiene 19 años de edad, el cual se ha comido de una sentada un cocido madrileño compuesto de un kilo de garbanzos, un kilo de patatas y medio de carne, amén de otros ingredientes: tocino, morcilla, etc., el rancho de doce soldados, tres kilos de guisantes con vainas y todo y una gigantesca sandía de siete kilos con corteza, pepitas, etc. etc.

La gente que lee estas noticias fuera de España debe quedarse pasmada, al enterarse de que hay allí tal abundancia de víveres. "¿Pues no decían —pensarán sin duda— que en España había poca comida y que casi todo estaba racionado? Entonces ¿qué comerían los españoles si hubiera allí abundancia de víveres?"

Es natural que la gente de fuera de España se haga estas preguntas, pues lo cierto es que en el Imperio escasean las subsistencias, son parvos los racionamientos, hay hambre y privaciones y mueren de inanición los más desvalidos. ¿Cómo se explica, pues, que unos coman tanto y otros tan poco? ¿Por qué unos españoles del Imperio comen igual que Gargantúa y otros menos que Ugolino della Gherardesca, hambriento famoso? ¿Qué desigualdad es ésa?

De existir en verdad esos inmensos tragones, el fenómeno tendría difícil explicación. Acaso sean Gargantúas forzosos, es decir, Gargantúas impulsados a serlo por el hambre. Esto es, gente condenada por el frugal régimen alimenticio franquista a comer de ordinario tan poco, que, cuando encuentran una ocasión, devoran de una vez todo lo que hubieran tenido que comer, repartido en prudentes dosis diarias, durante tres o cuatro meses. Es hasta cierto punto natural que quien esté medio año sin poder hincarle el diente a una tortilla de dos huevos con patatas, el día que pueda pillar una se la coma de dos docenas de huevos, por lo menos. Y lo mismo debe ocurrir con la paella valenciana o con los callos a la madrileña o con las habas a la catalana. O sea, que los atracones de un día son, acaso, una consecuencia lógica de la gazuza pretérita. A más severa dieta antes, mayor hartazgo después. En tal caso, la existencia de esos voraces Gargantúas demostraría, no que en España se come mucho, sino precisamente todo lo contrario, es decir, que se come muy poco. Tan poco, que cuando un español puede comer alguna vez se da un hartazgo fenomenal y saca, como se dice, tripa de buen año. Si las agencias periodísticas comunican las hazañas de dichos Gargantúas con fines de propaganda, para hacer creer que en España se vive en plena abundancia y que la gente es muy glotona y se sopla unos banquetes colosales, tal propaganda resultaría, en fin de cuentas, contraproducente, pues la verdad es, que si alguien come allí mucho un día es porque no come casi nada el resto del año. Acaso sea que en cada pueblo de España sólo come un Gargantúa de cuando en cuando, mientras ayunan semanas y semanas los demás vecinos de la localidad. Se trataría, pues, de Gargantúas de muestra, de Gargantúas experimentales, de Gargantúas pilotos, como se dice ahora. Tales Gargantúas serían con respecto a la comida lo que fué Papús con respecto al ayuno. Pues si Papús ayunaba para poder comer, estos Gargantúas comerían por ayunar.

O acaso se trate también de Gargantúas puramente simbólicos, alegóricos, míticos, irreales. Ya se sabe que al auténtico Gargantúa se le dieron varias interpretaciones esotéricas, de lo que solía reír con ganas el jocundo Rabelais. Hubo quien creyó que Gargantúa era la representación alegórica de Francisco I y que otros personajes del libro inmortal representaban al cardenal de Lorena, a la reina María de Inglaterra, a los jesuítas, a los reformados, al concilio de Trento, etc. Es posible, por lo tanto, que estos Gargantúas celtibéricos sean tan sólo, a su vez, unos Gargantúas simbólicos, fabulosos, quiméricos, unos Gargantúas teóricos e impalpables que representen metafísicamente a unos entes reales devoradores e insaciables, tales como los generales facciosos amigos de Franco, la Falange, las Fiscalías de Tasas, los Sindicatos verticales, las Comisarías de Abastos, las Jefaturas locales del Movimiento, etc. etc. Cuando uno de estos voraces poderes de la España imperial soba con el aceite o con las patatas o con las chuletas de carnero en cualquier pueblo, es cuando salen, sin duda, los periódicos falangistas diciendo que todo se lo ha comido el Gargantúa local, pues a alguien tendrán que echarle la culpa; y tal noticia es la que luego telegrafían al extranjero las agencias, dando por cierta la existencia de esos Gargantúas. Posiblemente se trata, pues, de falsos Gargantúas, de Gargantúas fraudulentos e inexistentes, de Gargantúas puramente quiméricos e ilusorios, encargados de justificar la desaparición de los comestibles racionados, pero ciertos y tangibles, aunque escasos. Se trataría, en suma, para emplear una expresión auténticamente imperial, de unos simples Gargantúas de estrapelo.

EL VALIJERO

nos 195/196
1 Octubre 49
A.P.C.E.
SIG.: 1.23/1369